



## ¡VENGA AGUA!

DOUGLAS  
\* M. LEAN  
SHIRLEY  
\* MASON



CLINE, Eddie

## LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas  
de la marca

Núm.  
14

PARAMOUNT

25  
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

LAYETANA, 12

BARCELONA

*Let It Rain, 1927*

## ¡VENGA AGUA!

Comedia cinematográfica, interpretada  
por los célebres artistas

DOUGLAS MAC LEAN, SHIRLEY MASON,  
etc.

Es una Película PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE.

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, impresor-Barcelona



# ¡Venga agua!

## Argumento de la pesca

La flota del Pacífico estaba pacíficamente anclada en las pacíficas aguas del Pacífico.

A bordo de uno de los soberbios acorazados, soldados de infantería de marina y marineros se entre-gaban con regocijo a las travesuras de los tiempos de paz. Así son todos estos valientes hijos del mar, alegres y bulliciosos en los días de tranquilidad y de quietud, verdaderos héroes cuando la guerra exige el cumplimiento doloroso del sacrificio.

Cierta mañana, durante el baldeo del buque, los marineros, con su cabecilla Jack Muldoon, uno de los iniciadores de cuantas picardías se hacían a bordo, sostenían con los soldados de infantería una de aque-

llas violentas luchas a las que se mostraban tan aficionados. Escobazos, puntapiés, bofetadas; de todo había en la viña del Señor...

Jack Riley, un muchacho conocido por "Venga Agua", era el cabecilla de los soldados de infantería de marina y el más revoltoso de todos.

"Venga Agua" con su compañero Martín, llamado también "Cangrejo", otro de los peores espíritus inquietos de a bordo, presenciaba las manifestaciones de desordenado regocijo de los marineros.

Muldoon, con otros compañeros, al ver a Riley se dirigió hacia uno de los puentes y con una cuerda echó un lazo corredizo alrededor del cuerpo del soldado izándolo luego como si fuese un fardo.

—¡Ah, imbéciles! — gritó Riley—. ¡Dejadme estar!

Se hallaba suspendido a medio metro del suelo en situación verdaderamente penosa.

Muldoon y los marineros se partían de risa mientras sostenían la cuerda.

—¡Venga Agua! — gritó Riley, usando de su frase favorita en los momentos de contrariedad—. Ya sabéis que yo no me enfado casi nunca, compañeros, pero le andáis buscando tres pies al gato, y tal vez os arrepintáis de lo hecho.

Apareció en la cubierta el capitán Forbes, de la infantería de marina.

Al verle, Muldoon y sus marineros, asustados, abandonaron la cuerda y Riley vino a caer pesadamente junto al capitán. Pero reponiéndose al instante, saludó militarmente a su superior, quien le miró inquieto, deseoso de castigar al que de tan original manera se presentaba ante él.

Comprendiendo el capitán la bromita, dijo a Riley que estaba ante él, cuadrado y rígido:

—¿Por qué no se ocupan sólo de cumplir su obligación? ¡Siempre jugando como si fueran ustedes chicleos!

—El mucho trabajo sin ningún recreo, embota los sentidos, mi capitán — respondió "Venga Agua" con la más fina de las sonrisas.

—Los sentidos se los va a embotar el comandante Knox si se entera de sus travesuras — respondió severamente el capitán.

Y dejando a Riley con aquella sonrisa feliz que era su eterna compañera, fué a reunirse con otro grupo de oficiales.

Muldoon se acercó de nuevo a Riley y los dos comenzaron a luchar con la cuerda entre burlas y veras, interviniendo otros marineros y guardias de infantería, cada uno a favor de sus respectivos camaradas.

El comandante Knox, conocido por el nombre de "Cara Seria", presenció de lejos el combate.

Y se acercó enérgico, inflexible, dispuesto a acabar con las travesuras de sus subordinados.

Muldoon y sus compañeros observaron la presencia del jefe supremo del barco y huyeron a escape. No así Riley que, más distraído y optimista, no veía peligros en parte alguna.

Creyendo que la persona que estaba a su lado era el compañero "Cangrejo", le dijo, dándole la cuerda que los otros habían abandonado:

—¡Coge la cuerda y tira!

Contestó una especie de gruñido y Riley se vol-

vió asustado. ¡Por todas las vírgenes del cielo! ¡El comandante!

—Usted perdone, mi comandante, pero yo...

—Le impongo un mes de servicio extraordinario como castigo, Riley — gritó el superior.

"Venga Agua" hizo una mueca de resignación y se alejó. ¡Maldito Muldoon, y todo por su culpa!

Se dirigió el comandante hacia el grupo de oficiales y dijo enérgicamente:

—Impondré disciplina aunque tenga que meter a todo el mundo en el calabozo.

Pero vió de nuevo que Riley y Muldoon volvían a estar juntos y se atizaban de lo lindo.

—Pero, ¿es que no vamos a acabar nunca? ¿Es que mi barco va a parecer un mercado?

Y con paso rápido y el rostro más serio que el de un difunto, acercóse a los dos despreocupados jóvenes.

Muldoon y Riley, con una escoba, realizaban especiales ejercicios de esgrima, pretendiendo ensuciarse los respectivos rostros.

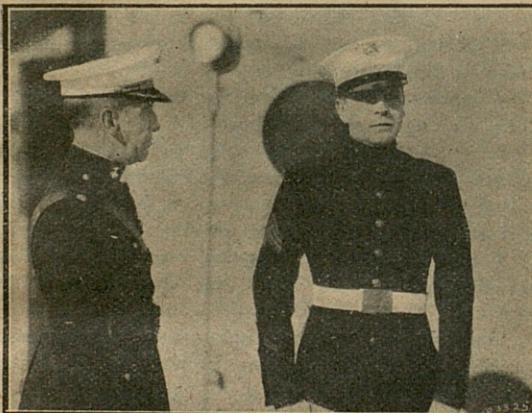
Llegó el comandante, y Muldoon le contempló petrificado. No así Riley que, ciego de rabia ahora por las constantes agresiones del marinero, alzó la escoba pegando un formidable golpe a la cabeza que encontró ante él... creyendo que era la de Muldoon. Su sorpresa y su miedo fueron inmensos al ver que había dado contra la nariz del comandante Knox.

¡Esta vez sí que les fusilaban a los dos! Muldoon y su compañero temblaron de pies a cabeza, muertos de espanto, sin osar pronunciar palabra mientras el comandante con un pañuelo se limpiaba el rostro.

¡Ah, pillos, granujas; se la iban a pagar!

—¿Quién comenzó? — dijo, enfurecido. Riley se adelantó unos pasos y murmuró, afligido: —¡Yo, mi comandante!

Iba el jefe a ordenar probablemente un duro castigo contra él, cuando Muldoon que, a pesar de las



—Le impongo un mes de servicio extraordinario como castigo...

cotidianas peleas, sentía por su compañero una buena amistad, se apresuró a acusarse a su vez.

—¡Yo, mi comandante! — dijo.

Ante la doble confesión el comandante, que era un hombre de muy buenas prendas, no pudo menos que sonreírse por dentro, admirando el compañerismo fervoroso de su gente. Pero como no quería dejar pa-

sar sin algún castigo la falta de disciplina que significaban las constantes peleas a bordo, después de meditar unos momentos, dijo:

—Veo que les gusta divertirse y voy a darles ocasión para que lo hagan a su gusto.

Los dos temblaban. Veían como una trágica visión el calabozo o la cárcel.

—Todos los días se reunirán en este lugar a la misma hora y se estrecharán la mano durante quince minutos. Comiencen ya...

Y los dos hombres, enfurecidos por tener que efectuar aquella demostración afectuosa, se estrecharon las manos durante el cuarto de hora señalado.

Los brazos se fatigaban del movimiento amistoso, y los rostros de Muldoon y de Riley expresaban el furor de que estaban poseídos.

Desde lejos, el comandante con otros oficiales, sonreía ante aquel castigo original.

Muldoon, furioso, mientras le daba la mano, pegó a Riley un estupendo pisotón que hizo ver todas las estrellas del firmamento al soldado de marina. Mas Riley no era, por fortuna, tonto. Y respondió a la "caricia" con un puntapié que hizo prorrumpir en un ¡ay! de dolor a Muldoon. Pero como el comandante siguiera observando si cumplían la penitencia, los dos hombres tuvieron que realizar la comedia de seguir dándose cordialmente las manos.

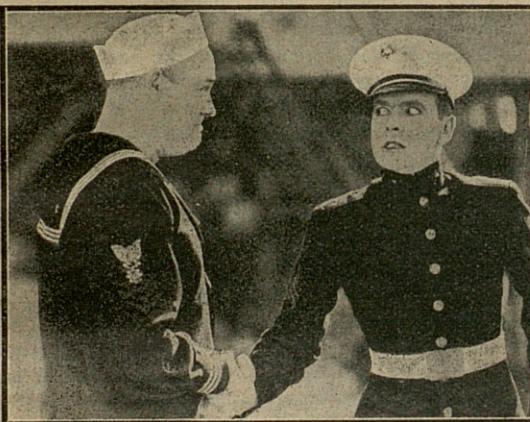
Cuando terminó el castigo, les dijo el comandante Knox:

—Cada vez que se encuentren, a bordo o en tierra, se estrecharán la mano; tomen nota...

Riley y Muldoon pensaron que mejor estrecha-

rían el cuello de su adversario respectivo, pero quien manda, manda, y se imponía la resignación.

Llegaron a bordo varias vistias, un grupo de bellas muchachas que sentían esa curiosidad que experimentan tantas mujeres por las cosas de la marina.



...se estrecharon las manos durante el cuarto de hora...

Mientras tanto, en la popa, en el alojamiento de los marineros, los tripulantes reían con grandes aspavientos al ver rotos los pantalones de "Cangrejo".

Entró Riley y preguntó el motivo de aquellas risas.

Uno de los soldados, acariciando a un chivo que era la mascota de la tripulación, dijo, señalando los fuertes cuernos del animal:

—El chivo le dió tal topetazo a "Cangrejo", que el infeliz a poco se desmaya.

El muchacho herido dijo, mientras acercaba la mano a la parte posterior de su persona:

—¡Tan fuerte me dió que aun siento calor en los pantalones!

—¡Bien empleado por idiota! — respondió otro compañero. — Por qué te agachaste? ¡No sabes que tenemos enseñado al chivo a que toque a cualquier "blanco" que esté en posición?

Riley se acercó a la puerta y vió a su temible enemigo Muldoon que paseaba por cubierta.

Un plan maligno le hizo sonreír y lo comunicó a sus compañeros. Estos, siempre dispuestos a la tra- vesura, aceptaron con satisfacción y colocaron el chi- vo cerca de la puerta.

—¡Estad a punto! Y en el momento en que Mul- doon se agache, lanzáis contra él a nuestro anima- lito.

Y llegándose Riley a Muldoon le tiró al suelo su blanco gorro, y se marchó.

A Muldoon se le escapó una maldición.

—¡Así te cayeras de cabeza al mar y se te come- ran los peces, ladrón! — gritó.

Y fué a inclinarse para recoger el gorro.

Los soldados acosaron al chivo desde la popa y el animal partió ciego de furor hacia cualquier sitio blando donde poder hundir su cornamenta.

Pero en aquel instante ocurrió algo que hizo va- riar los acontecimientos. A Gladys Mayfield, una de las muchachas que visitaban el vapor, le cayó al suelo el monedero y se inclinó para recogerlo...

El chivo corría velozmente en busca del "blanco"

y al ver la situación que le brindaba la muchacha, fué a arremeter contra ella de modo furioso. Por fortuna, Riley se dió cuenta a tiempo del peligro y acercándose rápidamente a la joven, la apartó a un lado, mientras el animal pasaba junto a ellos embistiendo ciegamente el vacío.

Gladys se estrechó contra él y dijo:

—¡Uy, qué miedo! ¡Iba a hacerme daño ese animal!

—Es su mala costumbre. Cuando ve una persona inclinada, nada puede detenerle. Pero... — añadió, sonriendo a la bella muchacha—. Es usted una visita, ¿verdad?

—Sí, señor...

—Pues, ¿quiere que le enseñe el barco?

—De mil amores...

—Venga usted...

Y contento de poder realizar el oficio de "cicerone" ante una dama, comenzó a pasear con ella sobre cubierta.

Muldoon, que cuando veía una mujer perdía la tierra de vista, se acercó a Gladys y quiso también intervenir dando lecciones de "cicerone" a la visitante. Pero una mirada furibunda de Riley le hizo desistir, bien a pesar suyo, de la conquista.

Con verdadera elocuencia, Riley hablaba a la muchachita de cuanto había en el barco, mostrándole los cañones y los aparatos de defensa y navegación.

—Todo parece de plata — dijo ella riendo—. ¡Qué limpios y cuidadosos son ustedes, los marinos!

Un oficial se acercó a Riley y le dijo severamente:

—¡Lleve esta comunicación al capitán Forbes!

El muchacho, rígido cumplidor de la disciplina, se

alejó con el despacho, después de envolver en una mirada de cariño a la muchacha.

—Yo le enseñaré a usted, entretanto, el buque, señorita — dijo el oficial.

Riley había ido a entregar el documento al capitán y miraba con ojos melancólicos la escena que ofrecían aquel apuesto oficial y la hermosa doncella.

Forbes, sorprendiendo la tristeza del muchacho, sonrió y dijo:

—Aplíquese al estudio para el ascenso, sargento Riley, y déjese de conquistas. ¡Créame!

—Perdone, mi capitán...

—Estudie mucho, y luego, cuando llegue a oficial, será el momento de pensar en casarse!

Y se alejó de él mientras Riley seguía con los ojos a la hermosa mujer.

Muldoon se acercó a su compañero y le dijo riendo:

—¿No es una vergüenza que los oficialillos nos quiten todas las conquistas?

—Sí, pero a mí ya no me importan las faldas.. Voy a aplicarme al estudio para ascender — contestó, displicente.

—¡Ambicioso!

Entretanto, el oficial que acompañaba a Gladys, tuvo que dejar a la muchacha llamado por uno de sus superiores; y al ver sola a la joven, Riley y Muldoon corrieron entusiasmados hacia ella.

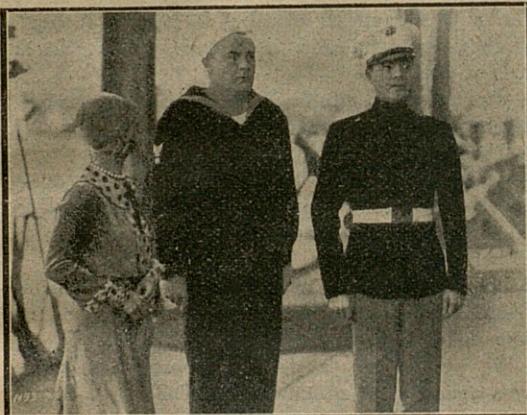
Cada uno deseaba ser el compañero de aquella gentil mujer. Y Riley había olvidado ya sus estudios pensando que aquella asignatura femenina era más interesante que todas las demás.

Los dos iban a dirimir, ante Gladys, sus conciencias

a palos, cuando acertó a pasar el severo comandante Knox.

Al verle, Riley y el marinero comenzaron a estrecharse las manos siguiendo la penitencia impuesta.

Gladys les miraba sin comprender.



...acertó a pasar el severo comandante...

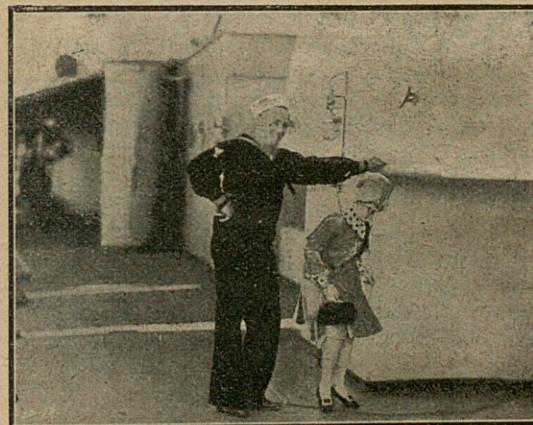
—Muldoon — dijo el comandante —, enseñe el buque a esta señorita...

Y el afortunado marinero se dirigió con Gladys a mostrarle el hermoso barco, mientras Riley se retiraba con los celos en el corazón, quemantes, dolorosos.

Pero la suerte parecía favorecer a Riley... Gladys llevaba un pañuelo en la mano y la brisa del mar

se lo arrebató haciéndolo volar por cubierta y dejándolo muy cerca de la borda.

Muldoon se acercó a cogerlo y en el instante en que, inclinado, lo tenía ya en las manos, salió el



...el afortunado marinero se dirigió con Gladys...

viejo chivo como una exhalación y embistiendo al marinero lo tiró al agua.

Riley lanzó una carcajada y después de echar un salvavidas a su rival corrió junto a Gladys que, curiosa, examinando unos aparatos, no se había dado cuenta del accidente.

—Señorita, a sus órdenes — dijo Riley, con voz alegre.

Ella se volvió, sorprendida, y preguntó:

—Pero, ¿dónde se ha ido el señor Muldoon?

—Acaba de salir a dar un paseo — agregó, riendo, el joven.

Un avión cruzaba el cielo muy cerca del buque, y Gladys preguntó:

—¿Es un hidroplano de la Marina, "teniente"?

—Sí, señorita...

Y se hinchó vanidosamente al oírse nombrar con una categoría superior, por muchacha tan linda como aquella...

Un oficial se acercó a ellos y dijo a Riley con severidad:

—Sargent, todas las visitas a tierra...

Y prosiguió su ronda para seguir transmitiendo la orden.

Ahora el muchacho quedó un poco avergonzado, y ella le dijo, riendo, a pesar de la ligera desilusión:

—¿De manera que no es usted teniente?

—No, pero lo seré dentro de tres meses...

Muldoon había logrado volver al buque y sus ropas chorreaban.

—¿Qué le habrá ocurrido a Muldoon? — preguntó ella.

—Nada... A los marineros no se les permite nadar con uniforme y él se empeña en hacerlo.

Riley acompañó a Gladys hasta la pasarela.

—Oh, señorita — dijo Riley —. Mañana estaré libre para ir a tierra. ¿Me permitirá usted que vaya a visitarla?

La muchacha sonrió y le dió su tarjeta.

El la estrechó dulcemente la mano y estuvo

largo tiempo diciéndola adiós, enternecido y enamorado por primera vez.

Consultó la tarjeta y leyó:

### GLADYS MAYFIELD

Hotel del Mar



—¿Es un hidroplano de la marina?

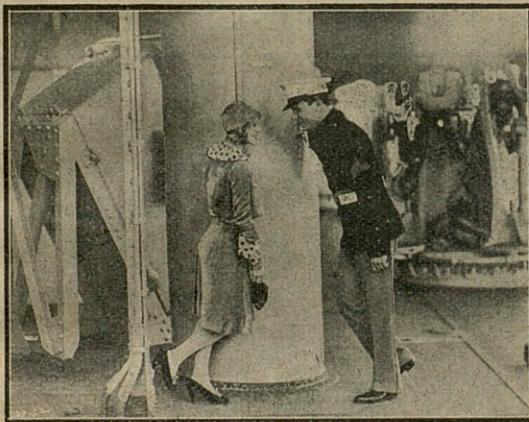
—¡Hotel del Mar! — repitió, recordando que era este uno de los mejores de la ciudad —. ¡Debe ser hija de un millonario!

Y lanzó la imaginación por los caminos de la fantasía, pensando ya en ser el marido de una princesa del dólar.

Más tarde, Muldoon se acercó a él y Riley le mostró la tarjeta:

—Mi especialidad son las millonarias — dijo.

—Pues esa chica no será para ti, muchacho. Yo



—¿Me permitirá usted que vaya a visitarla?

era quien debía enseñarle el barco y ganar su corazón.

—Yo no tuve la culpa de lo ocurrido, señor... Háblale al chivo...

Y acariciando una vieja guitarra, la enamorada de los marineros, de las gentes viajeras que añoran el hogar, rasgueó sus cuerdas y cantó:

Llueva, nieve o haga sol  
acudiré a la cita de mi amor...

Y mientras alzaba al cielo sus suspiros románticos, Muldoon llenó de agua un cubo y lo tiró a la cabeza de su rival.

Los dos hombres se enzarzaron ya en una nueva disputa, pero, al ver que pasaba el comandante, cedieron en su actitud, estrechándose las manos como era de ley. Pero en sus ojos había deseos de muerte...

A la tarde siguiente, en el Hotel del Mar, Gladys esperaba la hora de su relevo.

Porque aquella muchachita que tanto había entusiasmado a los dos marineros no era ninguna millonaria ni aspirante siquiera a serlo. Su única manera de vivir estribaba en su empleo de telefonista del hotel.

Riley se hizo limpiar el calzado y después de arreglarse convenientemente se dirigió hacia el célebre Hotel del Mar. ¿Estaría bastante elegante ante una mujer tan exquisita?

Entró manejando un bastoncito y se dirigió al "bureau".

—Estoy citado en este hotel con la señorita Mayfield... — dijo.

El conserje, conteniendo su risa, respondió:

—En la oficina de teléfonos la encontrará, señor. Un "groom" le condujo hasta allí. ¿A quién telefonaría aquella millonaria? — pensó Riley.

Pero pronto saldría de dudas.

Acercóse a la sección de teléfonos... y le faltó poco para desmayarse. La millonaria se había convertido

en humilde dependienta, encargada del teléfono del hotel.

Ella llevaba el casco de metal sobre la cabeza y sonrió al ver al joven soldado de marina.

—¡Gracias por su visita! — le dijo, amablemente.

Mas pronto Riley se olvidó de la primera y mala impresión. ¡Bah! El no era ambicioso, ¡caramba! Y más que los supuestos millones lo que le interesaba de veras era aquella mujercita tan agradable.

—No he dejado de pensar en usted desde anoche. ¡Qué pena si no la hubiese encontrado!

Hablaron en voz baja los dos, felices por aquella simpatía que les unía. Tampoco Gladys había podido olvidar al elegante mozo, que sería pronto, dentro de unos meses, oficial...

¡Oh, los marineros! Ella, como tantas mujeres, amaba a los marineros. ¿Por qué ocurriría esa especial predilección que las mujeres sienten por los marineros? ¿Será porque están casi todo el año fuera de casa?

Muldoon aspiraba también al amor gentil de la muchacha. Llegó al hotel y vió de lejos el grupo que formaban Gladys y Riley. Descubrió que la joven era telefonista, pero esto no le hizo ninguna mella. Lo celebraba. De otro modo, sus aspiraciones se hubieran visto mucho más distantes.

Llamó a un "groom" y dijo, señalando a Riley:

—Dígale a aquel impertinente que en la antesala hay un caballero esperándole!

El "groom" transmitió el encargo tal como se lo había dado, y Riley corrió a ver de qué se trataba.

Muldoon aprovechó la ausencia para acercarse a Gladys y saludarla.

—¿Usted aquí? — dijo ella. — La última vez que le vi estaba usted como una sopa!

—Sí, bromitas de a bordo. Pero vengo a advertirle que no haga usted ningún caso de Riley. Es un mal sujeto...

—El me acaba de decir lo mismo de usted... — respondió, riendo.

—Y usted, ¿a quién cree?

—A ninguno!

Pero en el fondo, a quien ella amaba era a Riley, porque era más buen mozo, más simpático, de maneras más finas y aristocráticas... El otro tenía aspecto más vulgar.

Riley, no encontrando a nadie en el salón, volvió a la oficina de teléfonos y vió, exaltado, que Muldoon hablaba con la muchacha.

Sin decir nada, no queriendo dar un escándalo en el hotel, pues si decía algo a Muldoon habría seguramente palos, se metió en una de las cabinas y telefoneó a Gladys.

Ella, que llevaba encima el teléfono, respondió al cariñoso llamamiento sin que Muldoon se diera cuenta de nada.

—¿Le agradaría dar un paseo por el parque? — dijo la voz de él.

—Sería muy de mi gusto.

—A qué hora podemos salir?

—Ahora mismo...

Eran ya las dos, la hora del relevo... La muchacha dejó el teléfono y poniéndose el sombrero abandonó el despacho.

—¿Dónde va usted? — le preguntó Muldoon.

—Al parque a pasear... con un marinero.

Riley se acercó y Gladys se colgó de su brazo, mientras Muldoon quedaba desairado y confuso.

¡Qué mala fortuna la suya! ¡Tenía deseos de abofetear a su rival triunfante! Y Riley pasó orgulloso ante él llevando a su lado la hermosa conquista. ¡Que vinieran a quitársela!

\*

\*\*

Se dirigieron hacia el parque. Los dos se sentaron en un banco, cerca de grandes tilos que les enviaban su suave sombra.

Riley se sentía emocionado al lado de aquella elegante muchachita. ¡Con unas ganas locas que tenía de besarla!

Fué a intentarlo repetidas veces, pero pasaron varios oficiales y tuvo que levantarse a saludar. Después, cuando iba a dar el beso, vió ante él unas botas de montar y se levantó, rígido, creyendo hallarse ante otro superior. No se trataba más que de un chófer de color de chocolate que al ver el saludo del marinero se alejó extrañado.

Por fin pareció que nadie les importunaría y mientras Gladys hablaba, feliz y contenta de aquella hora, el soldado la besó, de pronto, con caricia triunfal.

Pero la muchacha no pareció muy conforme con aquella demostración y contestó también con otra "caricia": un solemne bofetón que dejó boquiabierto al audaz marino.

¡Vaya con las manos blancas!

Intentó sonreir y dijo:

—No se enfade, Gladys. Pero ¿intentará usted hacerme creer que nunca le han dado un beso?

—Tal vez sí, pero no tan repentinamente...

—¡Bueno, esperaré un poco más!

Y pretendió besarla de nuevo, pero ella le rechazó y al hacerlo, vino a caer en tierra.

En aquel instante apareció un policía quien devujo a Riley creyendo que maltrataba a la muchacha. El marino protestó enérgicamente, y Gladys dijo:

—¿No pueden dos prometidos hacerse el amor sin que usted se entrometa?

—¿Prometidos? — repuso el guardia, sorprendido. — Más bien parecen casados ya...

Y se marchó tranquilamente. Por él podían pegarse hasta reventar.

—¡Váyase a espantar gorriones! — le dijo ella.

Quedaron de nuevo solos los dos y Riley la interrogó suavemente:

—¿Dijiste de veras lo de "prometidos"?

Ella se echó a reir e iban a darse otro largo beso, esta vez con la complicidad de la joven, cuando apreció el famoso y desdenado pretendiente Muldoon.

—¡Bien, bravo! — dijo, riendo. — ¿Quién da lecciones a quién? ¿Tú o ella?

—No mereces contestación, so grosero... — respondió Riley.

Y dando el brazo a Gladys, desapareció en direc-

ción al cercano parque de atracciones. Muldoon les fué siguiendo a cierta distancia.

Reinaba extraordinaria animación ante las barracas de feria. Ante uno de los puestos del pim-pam-pum, Riley y ella echaron varias pelotas y viendo que cerca de allí les estaba observando Muldoon, tiraron también contra éste algunos proyectiles de goma.

Muldoon, furioso, tiró contra ellos a su vez, recogiendo y echando de nuevo las pelotas lanzadas, y generalizóse una verdadera batalla entre aquellos elementos de la marina de guerra.

El comandante Knox, con su señora, había ido a tierra en busca de distracción, y paseó largo rato ante las distintas atracciones.

De pronto, una de las pelotas lanzadas por Riley, cayó sobre la cabeza del comandante, derribándolo en tierra.

Muldoon, que estaba algo lejos, se dió cuenta de la espantosa situación y huyó rápidamente, pero Riley, entusiasmado con vengarse de su rival, seguía tirando al aire innumerables pelotas.

Su sorpresa fué enorme al comprender que una de aquellas balas había hecho surgir un formidable chichón al comandante Knox.

¡Qué mala estrella la suya! ¡Cómo se hallaba el comandante allí! Esperó, horrorizado, a que llegase ante él su superior que con la mano en el sitio dolorido le contemplaba con expresión de furiosa ira.

—¡Usted, siempre usted! — rugió. — ¡Al calabozo por diez días!

Gladys miraba asustada a aquel hombre y sentía contra él profunda antipatía. ¿Qué culpa tenía Riley, si lo había hecho sin ninguna intención?

Pero Riley sabía que la disciplina manda callar, callar siempre, sin reclamar contra la orden de un superior, y saludó, dispuesto a acatar aquella injusta decisión.

La muchacha para quien el código mejor escrito era el del corazón, intervino pretendiendo interceder por el joven:

—Yo le explicaré, señor...

El comandante la contempló con indignación y replicó, extrañado de que alguien osara discutir sus órdenes:

—¡Veinte días de calabozo!

—¡Viejo cascarrabias!

—¡Treinta días!

Un ademán de suprema súplica de Riley hizo enmudecer a Gladys, que calló, mientras el comandante decía al marino:

—¡Siga usted!

Y los dos se alejaron en dirección al barco para cumplir Riley la orden de arresto.

Y Gladys volvió al hotel, apesadumbrada por el epílogo inesperado de la aventura. ¡Con lo que a ella comenzaba a gustarle su Riley, su marinero guapo!

\*\*

El comandante Knox conmutó la pena de calabozo por quince días de arresto en el mismo cuerpo de guardia.

Algunos de sus compañeros preparaban sus capotes para marchar dentro de pocas horas. Habían sido encargados de custodiar un tren correo que transportaba oro.

“Cangrejo” dijo a Riley que también cosía su capote:

—Esta salida de custodia al tren correo es una dicha para nosotros.

—Será para ti la dicha; yo estoy castigado y no puedo salir.

Entró Muldoon quien, con aire burlón, dijo a su terrible enemigo:

—¿Para qué te estás arreglando el capote? Ahora no puedes salir.

Riley no le contestó.

—Voy a tierra — siguió diciendo Muldoon—. ¿Quieres que le diga algo de tu parte a la señorita?

—Dile que tenga cuidado con los marineros...

—Así lo haré.

Y se alejó con una irónica sonrisa.

Los celos encendieron el corazón del joven Riley.

—No voy a dejar que ese bergante me quite la novia — dijo —. Ahora mismo voy a tierra.

—Pero, ¿estás loco? ¿Quieres exponerte a ir a presidio, desobedeciendo las órdenes del comandante?

—No quieras decirme por qué hago todo esto. Amo y me basta...

Iba a salir un piquete de infantería de marina. Se pusieron los capotes y armados con sus fusiles salieron a cubierta, descendiendo por la escalera a la lancha que debía conducirles a tierra.

Riley, enfundado en su capote, salió el último. Por

suerte el comandante, que hablaba con el capitán Forbes, no le vió.

Lleno de inmensa satisfacción, el joven Riley se despidió de sus compañeros ya cerca de la estación para dirigirse a ver a Gladys en el Hotel del Mar. Luego volvería tranquilamente al buque.

Mientras tanto, en el hotel, tres individuos aguardaban a que llegase un importante telegrama.

—Debo recibir un telegrama dirigido a X. Y. Z. y voy a esperarlo aquí — dijo a Gladys el que parecía más importante.

Y aguardaron en un diván mientras Gladys y otra telegrafista comentaban por lo bajo la identidad de los tres sujetos.

De pronto se recibió el telegrama y la compañera de Gladys se apresuró a entregar copia de él a su propietario X. Y. Z. Este leyó:

“Hotel del Mar. X. Y. Z.

“Con seguridad primera carrera siete segunda carrera cinco tercera carrera cuatro cuarta carrera tres hoy”.

Los tres hombres se alejaron comentando el despacho recibido. La compañera de Gladys dijo, riendo:

—Créí que eran ladrones, pero resulta que son jugadores de carreras de caballos. Qué ¿quieres algunos informes sobre las carreras?

Gladys, por curiosidad, leyó la otra copia del telegrama y deseosa de saber a qué caballos se pronosticaba el triunfo, cogió un periódico y leyó los nombres de los que tomaban parte en la carrera hípica.

Asustada, reconstruyó este texto con los nombres

de los caballos que se indicaban en el despacho como vencedores:

“Asalto correo rápido. Doblones furgón de cola hoy”.

—¡Caramba! — dijo Gladys, miedosa —. Cualquiera diría que se trata de un robo!

Llegó en aquel momento Riley. Ella le mostró, atemorizada, el telegrama.

—¿No le parece que es algo sospechoso? — dijo.

—¡Ya lo creo! — contestó él olvidándose de sus celos para cumplir su deber —. Voy allá inmediatamente al tren a dar cuenta de lo que ocurre. ¡Qué sorpresa!

—Yo le acompañó... — dijo ella, que acababa ya su turno.

Y marcharon los dos hacia la estación con el temor de que el convoy hubiese ya salido.

El convoy, custodiado en cada vagón por algunos soldados de infantería de marina, marchaba ya.

—¡Adiós, Gladys! — dijo Riley —. ¡No debes venir tú!

Y él subió a uno de los vagones, mientras Gladys quedaba un momento vacilante.

Pero pensó que ella tenía también el deber de estar junto a su amigo en aquel momento peligroso, y subió corriendo a otro vagón.

Riley fué al furgón de cola, donde estaba el oro, escondiéndose, sin ser visto por nadie, tras unos sacos de correspondencia. Deseaba evitar la realización de aquel delito, pero al propio tiempo no quería que le viese nadie en el tren, por cuanto su deber era el de haber permanecido arrestado en el cuerpo de guardia.

Llegaron al furgón el soldado "Cangrejo" y un oficial de correos. Vieron que estaban en su sitio unas sacas de oro y se dirigieron un momento a la plataforma.

Desde su escondite, Riley vió algo que le estremeció... Unos sacos al parecer llenos de correspondencia, se abrieron y tres hombres aparecieron en ellos. Si Gladys hubiese estado allí, les habría reconocido como a los misteriosos X. Y. y Z. del telegrama.

¡Ah, ya no había duda! ¡Aquellos hombres eran los ladrones de que se hablaba en el telegrama!

Dos de ellos salieron a la plataforma y comenzaron una violenta lucha con el soldado "Cangrejo" y el oficial de correos... Y mientras ellos combatían, el otro ladrón pretendía abrir el saco de los doblones de oro.

Entonces Riley cayó sobre él y los dos lucharon terriblemente. Llegó Gladys presenciando, horrorizada, el espectáculo brutal de aquellos dos hombres que se acometían.

Afuera había continuado la lucha; uno de los ladrones y el oficial de correos habían caído del tren, mientras el otro desaparecía ocultándose junto a las ruedas.

"Cangrejo", creyéndoles ya vencidos, penetró en el vagón y ayudó a Riley en su lucha con el otro bandido.

¿Cómo estaba allí su compañero? No eran aquellos instantes para pensar en ello, sino para obrar con rapidez, y se lanzó contra el ladrón a quien ataron y encerraron en un saco.

El otro bandido había desenganchado el furgón del

resto del tren impidiendo, de esta manera, que los soldados que había en los otros vagones se dieran cuenta de lo que sucedía en el último.

El furgón comenzó a retroceder y sin freno ninguno empezó una carrera desenfrenada, por una pendiente. Y el bandido autor de la hazaña, entró de nuevo en el vagón.

Entretanto, Muldoon había ido al hotel y la otra telegrafista le enteraba del despacho recibido... Sospechando también que se trataba de algo gravísimo, corrió veloz a comunicar al comandante Knox sus sospechas. Se organizó inmediatamente una máquina de socorro llena de marineros para alcanzar el tren rápido en que viajaban los bandidos.

Dentro del furgón, Riley y "Cangrejo" lucharon contra el bandido que, viéndose perdido, saltó yendo el convoy a gran velocidad.

El plan había fracasado. En un saco llevaban preso al que debía ser uno de los promotores principales de la lucha.

Gladys contemplaba emocionada a su compañero. ¡Con qué brillantez había luchado contra todos ellos hasta vencer!

Aun el ladrón que iba encerrado en el saco se defendió desde él a tiros, pero agotadas las balas de su revólver, su resistencia fué inútil.

—Te van a dar una medalla porque te la mereces — le dijo Gladys —. La infantería de marina no falla nunca.

—Vamos ahora a dar cuenta al oficial de todo lo sucedido... y de que el oro está en salvo.

Al salir a la plataforma se dió cuenta del trágico horror. Iban solos, el tren no seguía y el furgón iba

corriendo por la vía a una velocidad de muerte. Volvió al interior a comunicar la terrible noticia.

—¡Gran Dios! — dijo Gladys, temblorosa.

—¡Vamos disparados! ¡No tenemos frenos!

Ella se apretó contra Riley, horrorizada y éste comprendió que la situación era gravísima, pues el vagón iba a descarrilar en cualquier curva o desviación del terreno.

“Cangrejo” salió de nuevo a la plataforma y cuando ya perdía las esperanzas de salvación, vió la máquina en que viajaba un piquete de marineros con el comandante Knox.

La alegría volvió a su ánimo y gritó:

—Acerquen la máquina! ¡Los frenos no funcionan!

Lentamente, la máquina fué acercándose hasta que los marineros lograron unirla con el furgón y contener la velocidad de éste.

En el interior del furgón, los dos enamorados, creyendo aún que el tren seguía en su carrera desenfrenada, se abrazaban pensando morir.

El la dijo, de pronto:

—La única manera de salvarnos es saltando. ¿Te atreves?

—¡Sí! — respondió ella.

Ignoraban los dos que el tren estaba ya casi parado.

Descorriendo una de las portezuelas se echaron al vacío, pero el golpe fué insignificante.

En aquel momento se había detenido la máquina que empujaba ya al furgón. Habían bajado ya de ella el comandante Knox y otros marineros.

“Cangrejo” se dirigió al comandante y expuso lo

ocurrido. Knox al ver a Riley que se hallaba rígido ante él y al lado de su amada, frunció el ceño:

—Es usted reincidente, Riley... Esta vez va derecho al calabozo.

Calló Riley, melancólico. ¡No se apreciaba su gesto! La indignación de Gladys fué extraordinaria.

—Usted quiere decir, sin duda, que esta vez le darán una condecoración — dijo. — ¿Sabe usted lo que ha hecho? Ha frustrado el plan de unos bandidos que querían robar el tren...

Mientras, los marineros habían apresado al bandido encerrado en la saca y otra sección buscaba en la línea férrea a los que cayeron durante el combate.

El comandante comprendió la verdad, admitiendo en su alma el entusiasmo del mozo. Pero como Riley había faltado a su deber al abandonar el barco, dijo:

—¡Ya veremos lo que se hace con usted! ¡Aho a, al barco!

—¡Me quejaré al presidente Coolidge! — protestó ella.

Riley, melancólico, la hizo una seña para que callase y se dirigió lentamente a cumplir su arresto.

\* \* \*

Pasaron unos días. Riley fué indultado, teniendo en cuenta su hazaña realizada y su valor en la defensa del convoy.

Y unos meses más tarde, Riley vestía el uniforme de oficial de marina, siendo esto su orgullo y el de su novia Gladys.

8.19-26/8

Se casarían pronto. Ahora ya todo les sonreiría a los dos.

Muldoon y "Cangrejo" fueron también ascendidos, y la armonía reinó de nuevo entre todos.

Resignóse Muldoon a perder el amor de Gladys. Era inútil luchar contra el cariño que ella sentía por su compañero. Y procuró olvidarla haciendo la corte a otra nueva vieja que una mañana había visitado el barco.

FIN

Próximo número:  
**EL ESTUDIANTE NOVÁTO**  
 por HAROLD LLOYD (ÉL)

LA NOVELA PARAMOUNT sale todos los martes  
 Precio: 25 cts. ¡Desconfie de las burdas imitaciones!

**¡PRONTO:**  
**NÚMERO ALMANAQUE**  
**PARA 1928**  
 de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Exclusiva de venta para España:  
**Sociedad General Española de Librería, Diarios,  
 Revistas y Publicaciones, S. A.**  
 BARCELONA: Barbará, 16 - MADRID: Ferraz, 21 - IRÚM: Ferrocarril, 20

Ediciones  
BISTAGNE

*Señor*